

Andrés Sabella

Poesía de Chile en 1842

PERSPECTIVA DE HECHOS



AUNQUE Lastarria, en sus «*Recuerdos Literarios*», piense que la médula de 1842 «sobrevino como una reacción casi individual», estamos ciertos que en este movimiento confluyeron muchas circunstancias que le prepararon y le vializaron el camino. En «*Lastarria y su Tiempo*», Alejandro Fuenzalida reconoce que este aserto de Lastarria se engendró en su exagerada visión de sí mismo (1). Sin duda que en 1842 la actividad de los hombres, su valentía, decidieron la marcha. Pero en comprensión total, fué la unidad de los acontecimientos con los varones de ese tiempo lo que hizo posible un movimiento que era el 1810 de nuestra frente. Pensamos que generalmente es la mano de un hombre la que escribe la historia y que esa mano entinta la pluma en la sangre de los sucesos que le rodean, en la sangre de los hombres que le sirven de cerco palpitante. En el movimiento del 42 las cosas no excepcionaron la regla. A no mediar unas cuantas causas de diferentes órdenes, dura, o casi imposible, habría sido la realidad de un sueño libertador en los escritores de aquel año. Ellos fueron la gota de agua que rebalsó el vaso.

A manera de simple información, y porque juzgamos que aún en el caso particular de nuestro trabajo es impropio no consi-

derarlas, enunciaremos algunas causas que, a nuestro parecer, ejercen dominio esencial.

El triunfo de Yungay, sobre la Confederación Perú-Boliviana, (1839), nos enorgulleció de sangre y pólvora, abriendo risueños cauces políticos: Bulnes traía la banda presidencial terciada al pecho como un símbolo de creación nacional. Había confianza en la patria. Y el horizonte se podía tocar con manos propias.

El plano social y el plano económico se levantaban armónicamente. Se trataba de ganar altura, de rescatar lo perdido en las batallas. Chile había conocido el tamaño de su alma y era preciso emplear positivamente este conocimiento (2).

Un decreto, de 17 de abril de 1839, firmado por Prieto y Mariano Egaña, paralizando a la Universidad de San Felipe (3), dejaba expedito el rumbo para una Universidad más acorde con el flujo democrático que andaba en nuestra historia. Los términos del decreto eran concluyentes: «Queda extinguido el establecimiento literario conocido con el nombre de Universidad de San Felipe». En esta casa había crecido un fuerte pensar amarillo, colonial, y la República debía desterrarlo: «Eran los elementos de selección social que pugnaban por sacudir el yugo con que la Colonia había atenazado a las inteligencias» (4). Entre los 5.000 libros de esta Universidad no sólo se acentuó «la gestación de ese espíritu colonial», sino que, también, (hay que decirlo), germinó la llamarada espiritual de los hombres de 1810. Lo irregular del decreto de 17 de abril era el no proponer ninguna nueva fuente de cultura en reemplazo de la descalificada Universidad de Tomás de Azúa. Los que en ella habían recibido sus herramientas de sabiduría, salieron en su defensa. Y más que sus palabras, la defensa partió de la misma Universidad: de la substancia ideológica que formara. Donde queda limpia su ejecutoria es en las palabras de Luis Galdames, puestas en el «Bosquejo Histórico» que nos informa: «Valorizó el estudio y la profesión intelectual entre gentes extrañas al clero y en el clero mismo;

fomentó la lectura, la única permitida en la Colonia, pero lectura al fin». Bastarían estas labores para honrar su eficacia.

Andrés Bello, llegado a Chile en 1829, trabajó durante 1841 en un Proyecto de Ley Orgánica de la Universidad. Se promulgó el 19 de noviembre de 1842. Y el 17 de septiembre de 1843, incendiando la modorra de un entonces demasiado lento, se instaló la Universidad de Chile, siendo su primer Rector el canónigo Meneses, por prudencia de Bello, y su primer Secretario General, un poeta, el autor de «El Campanario», Salvador Sanfuentes. Nuestra Universidad sería una hoguera progresista. Bello trazaba una pauta honorable y candente al señalar en su discurso inaugural: «Que los grandes intereses de la humanidad os inspiren» (5). Y la poesía no quedaba al margen de sus consejos, pues llamó la atención contra las «orgías de la imaginación». La Universidad de Chile era, desde ese momento, más que bandera, sangre en marcha.

Mas, si aparecía en gracia de venturosas posibilidades, sus hermanas menores, las escuelas primarias fiscales, alcanzaban apenas en el territorio a 56, (en la Capital funcionaba una sola). Manuel Montt redactaba por aquellos años, nuestra primera Ley de Instrucción Primaria.

La Escuela Normal de Preceptores era fundada el 14 de Junio de 1842.

Y para una fiesta de saber, agrandaban nuestros impulsos los emigrados argentinos, (Sarmiento, Vicente Fidel López, Mitre, Alberdi, Gutiérrez, Piñeiro, Peña, etc.); ya Chile había henchido su destino cultural con José Joaquín de Mora; con Sazié y Gay, un médico y un naturalista franceses; con Blest, un médico inglés; con Gorbea, un matemático español. Bello era el timonel moral de nuestra juventud y se prolongaba en la vivacidad de Ventura Marín y José Victorino Lastarria. Un uruguayo, (Juan Carlos Gómez), y un colombiano, (Juan García del Río), cerraban este círculo de internacionalidad en el ascenso cultural chileno.

Sarmiento fué el ciezro que alzó las capas de silencio con que nos cubríamos el alma. Con terquedad sostuvo que nuestra poesía no existía por dos razones terribles: porque no había ideas, y porque vivíamos sujetos a la cadena de una locura de lengua, maniatados por un lenguaje de almidón. Tales afirmaciones tuvieron la virtud de aguijonear el orgullo nacional, y la respuesta se dejó sentir, de inmediato, con la publicación de «El Semanario de Santiago» y, a poco andar, con «El Campanario», de Sanfuentes.

«El Semanario de Santiago» es la repercusión altísima de «La Aurora» de Camilo Henríquez. Juega su mismo altivo rol liberador. El Prospecto de este semanario apareció el 27 de junio de 1842. Y su primer número, el 14 de julio de 1842, (simbolismo de fecha con la sombra sangrienta de La Bastilla como tutela); se vendía a dos reales y circulaba los jueves. Se publicó hasta el número 31, (3 de febrero de 1843), contando con la colaboración de Lastarria, Jotabeche, Hermógenes Irisarri, Sanfuentes, Jacinto Chacón, García Reyes, Manuel A. Tocornal y otros valores, e imponiendo moralidad de lanzas humildes: la supresión de firmas al pie de los trabajos (6).

Seguramente, la polémica que abrió la acusación de Sarmiento, es el origen más agudo del florecer literario de 1842. Y en especial a ella nos referiremos más adelante.

Antes es preciso consignar una ley a la que nosotros atribuimos clara importancia en el desarrollo del avance cultural nuestro: la primera ley chilena de Propiedad Intelectual. Era la de 1834. Los escritores encontraban en sus disposiciones la custodia de sus obras en lo más vivo: en su economía (7).

Pareja a la obra escrita de Lastarria, finalmente, se destaca su Sociedad Literaria. Fundóse el 3 de mayo de 1842 y en su discurso de apertura Lastarria habló con brillantez solidaria: «Hemos tenido la fortuna de recibir una mediana ilustración; pues bien, sirvamos al pueblo, alumbrémosle en su marcha social para que sus hijos lo vean un día feliz, libre y poderoso». Esta

Sociedad abre el primer concurso poético chileno en septiembre de 1842—certamen que necesita de rubro aparte por sus resonancias.

SARMIENTO O LA TEMPESTAD

Adolfo Valderrama, en su «Bosquejo Histórico de la Poesía Chilena», (1866), la clasifica en los siguientes períodos:

- a) Período del coloniaje;
- b) De la Independencia; y
- c) contemporáneo.

Este último comprendería dos etapas: una de 1842 a 1854, la otra de 1854 a 1865.

«Sueño de la Poesía» llama él al instante que se extiende más allá del período de la Independencia, (1838-1842), y se lo explica para la justificación urgente del mutismo de nuestros poetas: «Las causas de tal silencio de la poesía deben buscarse en nuestro carácter positivo, y en las circunstancias que rodeaban al país en aquella época». Se acababa de romper el cordón umbilical con la Madre Patria. Más que cantar era menester organizar. Y en esa tarea depuradora se empeñaban todos. La poesía, flor de calma, aunque surge tras el vértigo de nuestros cataclismos, no podía echar al aire su rodaje celeste. Era necesario esperar un clima desposado con el éxtasis. Y para conseguirlo se trabajaba.

Sarmiento, haciendo de «El Mercurio» de Valparaíso una trinchera romántica, censuraba a los chilenos su enraizamiento en las simas de un estilo engrillado, proclamando la expresión desnuda y espontánea, libre y como directa emanación del corazón: «En lugar de ocuparos de las formas—decía—, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de la frase, de lo que dijo Cervantes o fray Luis de León, adquirid ideas». La técnica la entregaba de este modo: «Escribid con amor, con corazón, lo que os alcance, lo que se os ocurra».

Salvador Sanfuentes polemizó con el argentino y en el número 2 de «El Semanario de Santiago» publicaba un artículo sobre «Romanticismo». Sanfuentes no sólo se conformó con esto. En el número 5 empezó a entregar el Canto I de «El Campanario», (llegando hasta el 7). Valderrama elogia a Sanfuentes porque «ha tenido siempre la originalidad que consiste en el colorido local»; a una ofensa de ceguera nacional, era natural que se contestase con una poesía olorosa a patria:

«Pero se también chilenos,
que si nunca comenzamos,
campo vastísimo damos
a los dicterios ajenos».

Sanfuentes permanece en el resplandor de nuestro afecto por su coraje:

«Si no sabemos hablar,
inventemos un lenguaje».

Y el lenguaje lo extrajo del color maravilloso de la tierra chilena, adentrándolo y amándolo, hasta llenarse de la gloria de su gracia:

«Ya sabéis lo que nos dice
un periódico perverso,
que no ha producido un verso
nuestro caletre infelice».

Se había quebrado el cetro de vidrio de «la hispana monarquía». Sanfuentes entendió que era inminente también desligarse de su cuidado interior:

«¿Por qué en literatura
sufrimos un yugo exótico?»

Y dió alas a su pluma. Sarmiento recibía, con «El Campanario», un ardiente desmentido, y nuestra poesía encontraba la clave de su propia belleza.

CERTAMEN LITERARIO DE 1842

La Sociedad Literaria, que dirigían los 25 años de Lastarria, llamó a un Certamen Literario en 1842. En «El Semanario de Santiago», número 11, de 18 de septiembre de 1842, viene el fallo, firmado por Lastarria, García Reyes y Carlos Bello, alabando el poema premiado. Pertenece a Santiago Lindsay y se llamaba «A la Libertad de Chile». El fallo aludía a «una imaginación fecunda, germen de ideas nuevas y de atrevidos pensamientos».

El *accessit* correspondía a Ramón Ovalle; el tercer premio, a Francisco Bilbao; y el cuarto, a Javier Renjifo. El premio en prosa lo obtuvo Juan Bello, con «El Dieciocho de Septiembre».

Los poetas inauguraban recién su adolescencia. El tímido bigote, (en la felicidad de un alba viril), los emparentaba a las viejas fotografías de los románticos de lejos. Santiago Lindsay era el mayor, (20 años), y sus palabras agitaban un tricolor ingenuo:

«¡Oh, noble Chile, salud!
A ti Natura te dió,
cual nunca jamás se vió,
alto valor y virtud».

Su poema se componía de 69 estrofas. El epígrafe que le orlaba era el siguiente:

«El sol brilla en el cielo: Chile
en la América del Sur».

Lindsay, Ovalle, Bilbao y Renjifo son, estrictamente, los verdaderos poetas de 1842. Semilla, flor y ceniza de este movimiento. Aparecieron por él y bebieron en sus manos. La muerte, la tinta de imprenta, la redención de los humildes, y las quebraduras de la vida, siguieron a estos cantos (8).

LA PRECURSORA

La muerte de Portales, (1837), despertó la voz de una gran mujer: Mercedes Marín del Solar. Una elegía es aurora de nuestra canción:

«Despierta, musa mía,
del profundo letargo en que abismada
yaces por el dolor».

Mercedes Marín del Solar es la llave de mundo para el desarrollo intelectual de la mujer chilena. En cierta ocasión, hablando a las alumnas de un Liceo de Santiago, estampó esta frase, pauta e impulso: «Nuestra inteligencia, que no cede en viveza y penetración a la del hombre», aventando prejuicios y tonificando posiciones. Esta inteligencia la llevó a escribir; y si confesaba que «Mis versos son como un lujo de mi vida privada», en virtud de su emoción, lograron la eternidad de otros oídos, cuando la República lloraba a la víctima de Florín:

«La sacrílega mano
quedar debiera al punto yerta y fría».

Retrata literariamente a Mercedes Marín del Solar esta apreciación de Valderrama: «Sirve para establecer el punto de unión entre la poesía de la Independencia y la de la época contemporánea».

Es una poesía con bordes azules. El cielo le obsequia cítaras. Y Chile es un aroma en el límite de sus labios:

«Sólo al hombre, ser libre, inteligente,
Dios reveló su nombre y su grandeza...
¡Y el necio huye de Dios, ciego y demente!».

.....

«Un día, lanzó Chile hondo gemido
que resonó en tu pecho generoso,
y de Maipo en el campo polvoroso
el casco se imprimió de tu corcel».

En 1874, un hijo suyo, el novelista Enrique del Solar, ordenó la obra de Mercedes Marín del Solar, de quien nos recuerda Armando Donoso, en su «Parnaso Chileno», (1910), «su noble inspiración, sus sentimientos patrióticos y humanitarios» (9).

Insistir en el valor moral de la señora Marín del Solar no es vano esfuerzo. El hecho de haber descubierto su vocación literaria con una elegía política la muestra valiente y preocupada de problemas que excedían el marco familiar en que languidecían las mujeres de entonces. Estela Miranda no repara en que esta fuga del «recinto emocional exclusivamente suyo» es, acaso, la más luciente virtud de esta mujer, pues contrariamente a lo que ella estima, no lo hacía por «la mordaza con que ahogaran su sinceridad aquellos convencionalismos torpes», sino que por que a la deleitación de un arte de espejos particulares, prefería el vario y tumultuoso de su época.

Las mujeres chilenas deben reconocer en la señora Marín del Solar, precisamente, a su libertadora espiritual. Es la madre de la mujer nueva en Chile. Vial Solar la ha descrito en sus tertulias de cultura: contra los límites de incienso de su medio, lanzó los primeros gestos de una mujer dueña de sí, en el entendimiento de una más verdadera y valiosa realidad humana.

JACINTO CHACÓN: PUENTE DE PLATA

José María Gutiérrez, autor de «América Poética», impresa en 1846, en Valparaíso, y con una «Alocución a la Poesía», de Andrés Bello, alude a «las miras elevadas» de su estro. Y le antologa 4 composiciones:

- I. «El 18 de Septiembre», fechada en 1843.
- II. «El Verano», fechada en 1844.
- III. «A mi amigo H. I., (Hermógenes Irisarri), en su matrimonio», fechada en 1843, y
- IV. Fragmentos de un poema titulado: «La Mujer», fechada en 1843.

Podría asegurarse que Chacón es el enlace que anuda el tiempo lírico de Chile. Sus poesías rasgan velos de brumas espirituales. En «El Verano», encontramos esta expresión fresca y que hoy firmaría cualquier poeta de altas torres:

«naranja de escarlata y verde».

«La Mujer» es un poema en que se biografía a la hija, a la amante, a la esposa y a la madre: loor henchido:

«¡Mujer! ¡Oh, gota pura
del cálice divino!
Calmar con tu dulzura
al hombre es tu destino,
el amargoso líquido
del vaso del dolor;
tú eres mujer la urna
que encierra su consuelo;
la antorcha eres nocturna

que le platea el cielo;
y en fin en turbio piélago
su estrella eres de amor».

En 1850, Chacón dedicó al Doctor Don Francisco Javier Luna Pizarro, Arzobispo de Lima, su poema «La Fe sobre los Montes», publicado «por la Comisión de Premios del Gobierno».

Los códigos ahogaron en Chacón la rosa que le bailaba en los dedos.

SALVADOR SANFUENTES, ABOGADO DE NUESTRAS MUSAS

«Grave asunto es escribir
para el público un poema:
cosa difícil un tema
que a todos guste, elegir».

Es el punto de partida de «El Campanario». Salvador Sanfuentes deplora la herida que le mana a Chile en su corazón de guitarra: injustamente cruel ha sido Sarmiento para acercarse a su misterio. Y es preciso vengarse. Venganza de poeta, revancha sutil: un poema. Este es el génesis de «El Campanario», en cuyo prólogo Sanfuentes es capitán de espada azul:

«A vuestra cabeza salgo
deseoso de redimiros».

3 Cantos integran este poema, que en edición de Biblioteca Chilena, publicada bajo la dirección de los señores Luis Montt y José Abelardo Núñez, en 1885, es complementada con «Inami, o la Laguna de Ranco», (en Valdivia), y «El Bandido», cuya «Escena es en una de las provincias del Sur y en el Siglo XVIII»; el título conocido de la obra de Sanfuentes es el de «Leyendas

Nacionales», que en otras ediciones trae, además, «Teudo o Memorias de un Solitario», (10).

Sanfuentes ostenta un blasón de conquista: halla a Chile. Escribe Domingo Amunátegui Solar, («Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena», 1920): «Hasta entonces ningún poeta chileno había descrito las bellezas naturales de nuestro país»; «Inami» inicia la poesía descriptiva en nuestra patria. El que imitaba a Mora en «El Campanario», en la segunda leyenda, hunde sus ojos en el paisaje nacional para la hermosura del hallazgo:

«Si anheláis del mundo
en su infancia admirar la imagen bella,
penetrad por su bosque más profundo
donde el rayo del sol no halla cabida
y alto silencio a meditar convida!».

La realeza de nuestra tierra crepitaba en la pureza de esta lengua. Sanfuentes es el Bautista de nuestra noble poesía actual.

Sanfuentes peca por aquella largura de su anécdota pobre: «Pero no he de aburrir a los lectores», se disculpa. Habla y no se divisa en canto alguno su perfil. En «El Campanario» está su poema maestro: «Del Coloniaje». Y al describir a Leonor brilla la entraña de esta imagen que diseña su boca:

«donde las perlas y el coral relucen»,

Samuel A. Lillo le critica a Sanfuentes su «falta de inspiración». Pero, como nosotros ahora, le ensalza su valor de adalid de la poesía chilena. Sanfuentes rompe lanzas por ella. Es el aventurero de nuestra naturaleza. El que argumenta con su sangre, (11).

HERMÓGENES IRISARRI Y LOS POETAS

Rodolfo Polanco Casanova, autor de «Ojeada Crítica sobre la Poesía en Chile», (1840-1901, publicada en 1913), imagina a Irisarri como «un poeta de frac y guante blanco».

El hijo de Antonio José Irisarri poseía, según Donoso, «Notable delicadeza y exquisito buen gusto». Escribió sin derroche: «Tuvo fama de perezoso» (Lillo); sus poesías más celebradas son: «A una mujer», «El Poeta», «A Lice», «A San Martín», «Amor», y «Pensamientos», canto sáfico dedicado a D. J. V. L. (D. José Victorino Lastarria).

Irisarri pinta con sutileza:

«Cuando por puertas de nácar,
apareciendo la aurora» (12).

En «El Poeta» tiembla el Prefacio de «Las Flores del Mal»:

«Al mundo vino un ser por su desgracia
y enviado por la mano de Dios mismo,
marcado con el sello de su gracia
y colocado al borde de un abismo».

El verso último es de una formidable intuición. El poeta vive «al borde de un abismo» efectivamente. A orillas de espadas, de quemantes desfiladeros, corre su vida. La poesía no es sino un tránsito por un filo de fuego. Irisarri que se prosterna, rezando casi:

«Grata poesía, celestial encanto»,

sabe que el poeta «en todas partes ve un camino». De ahí su desacuerdo con todos. El poeta descubre las entradas más íntimas de la Creación. Sus ojos existen en vigilia de rutas.

EUSEBIO LILLO EN SU POESÍA FRAGANTE

Con Lillo creemos, nosotros, que se debe cerrar la plana de poetas de 1842.

18 años tenía cuando su garganta se afilió al oficio de muerte de la poesía. Fué en la de don José Miguel Infante, (el 9 de abril de 1844).

Lillo encarna un destino encendido y vibrante: revolucionario de corazón, acompañó a Bilbao en la Sociedad de La Igualdad; en la revolución de 1851 estuvo contra Manuel Montt, y la derrota de su bando le significó una condena mortal; conmutada por el destierro, viajó por Perú, y Bolivia, haciendo, en esta última República, su fortuna. Balmaceda le confió la formación de su primer Gabinete y fué «el Depositario de su testamento político», honor que lo define, (13).

Bulnes ya le había distinguido, encargándole que compusiera nuestro himno nacional, en reemplazo del de Bernardo Vera y Pintados. Los 20 años de Lillo dieron espléndida satisfacción. El 18 de septiembre de 1847 se le cantó por vez primera, con la música de Ramón Carnicer, «salvo ligeras variantes», conservándose del antiguo únicamente el coro.

La vida turbulenta de Lillo contrasta con la placidez de su arte. «El poeta de las aves y las flores» le llamaron, es decir, de los guiones del firmamento y los cabellos de la tierra.

Nascimento, en 1922, editó sus «Poesías», con una Introducción de Carlos Silva Vildósola, fechada en septiembre de 1905. Allí es posible comprender el fondo de cristal de este poeta. No anhela que se le tome como cosa de museo; desea alcanzar la muerte en una silenciosa actitud de flor vencida. Nada le interesa entonces. Su jardín le sirve de refugio.

Y es en este jardín donde Lillo, en su ancianidad, constata la delicadeza de su herbario ideal: «A la Violeta», «A una Resedá», «A una Madreselva», «A un Junco».

Su poema «Las Flores» compendia su vocación de confidente de los aromas:

«Tal vez en un lenguaje misterioso
en el jardín donde yacéis unidas,
os mandáis con el viento voluptuoso
pensamientos de amor, flores queridas».

Y es la profesión de fe de su vida y su arte. A la hora en que el reloj marca la medianoche en nuestro corazón, Lillo debía fugarse del círculo de políticos para comenzar su diálogo con las corolas. Y como éstas algo esconden del poeta, Lillo supo que la poesía es un caer en atmósferas de angustia. («El Poeta y el Vulgo», «El Poeta y el Picaflor», «El Angel y el Poeta», una fantasía).

Las cuartetas de «Deseos» exponen su corazón—miel en cápsulas de barro:

«Si fuera un pensamiento audaz, profundo,
que conmoviera al orbe en un instante,
desdeñaría de ocupar el mundo
por ocupar tu corazón amante».

Nauta de sueños, el poeta no hereda de los dioses sino el tesoro de las manos desnudas. Pero es con estas manos que restaura el mundo.

BALANCE, AUGURIOS

Con Lillo clausuramos nuestra inspección a la poesía de 1842. En algunos estudios se categorizan como integrantes de este movimiento a los poetas: Matta, Blest, Rodríguez, De la Barra y Soffia. Las fechas de nacimiento de ellos nos llevan a considerarles sucesores de los que nosotros hemos revisado.

Matta nació, al igual que Blest, en 1829, Rodríguez en 1838. De la Barra en 1839 y Soffia en 1843.

Mercedes Marín del Solar es el anticipo de los poemas que agrandarán nuestro pulso en América. La poesía de Jacinto Chacón anuda los años de un despertar incierto con un porvenir que es apenas punto de luz en los premiados en el Certamen de 1842, quienes, justicieramente, son los poetas matrices de este movimiento. Salvador Sanfuentes permanece como la columna fundamental de la poesía chilena en aquella hora de negación y de esperanza. Y si Irisarri es la voluta graciosa, Lillo queda como una guirnalda.

Tras de los esfuerzos de estos poetas, nuestra poesía sube y fructifica, se incrusta en el tiempo con firmeza, destacando su legado de rubí y de estrella.

Valderrama la bendecía por el programa que le adivinaba en un futuro de dignidad: «Sublime programa en que figuran todas las grandes aspiraciones de la especie humana, en que la belleza es un bien, en que la libertad es un derecho, la razón una virtud y el progreso una ley inviolable».

Este plan luminoso lo debemos repetir nosotros.

NOTAS

(1) Lastarria nació en Rancagua el 17 de marzo de 1817, de Francisco Solano Lastarria y de Carmen Santander.

«Lastarria y su Tiempo» se publicó en 1893 y fué obra premiada en el Certamen Varela de 1889.

(2) El decenio de Bulnes, (1841-51), es calificado por Luis Galdames como de «política de conciliación y de trabajo».

(3) La Universidad de San Felipe surgió a influjos del abogado de Concepción Francisco Ruiz de Berecedo, nacido en 1674. En 1713 propuso solicitar del Rey de España la fundación de una Universidad de Chile. Se atribuye al licenciado Tomás de Azúa este honor. Azúa solamente abogó por la idea en Madrid, 21 años después, (1734). La Universidad se llamó de San Felipe como homenaje a Felipe V.

(4) «Bosquejo Histórico de la Universidad de Chile», 1843-1934. Prensas de la Universidad de Chile.

(5) «Memoria Sobre la Producción Intelectual en Chile», 1900, de Benjamín Vicuña Subercaseaux.

(6) El 1.º de junio de 1843 apareció el número 1 de «El Crepúsculo», Periódico Literario y Científico: su lectura es elemental.

(7) La ley es de 24 de julio de 1834. Ver artículo del autor en el número 90 de «Acción Social», julio de 1940.

(8) Ver «Certámenes habidos en Chile», de Miguel Luis Amunátegui, (Anales de la Universidad de Chile, Tomo II, pág. 209 y ss., 1884). Sobre el Certamen de 1842 escribe a propósito de los poetas: «Había sido para ellos una revelación que había abierto ante sus ojos esferas desconocidas».

De Lindsay podemos señalar los siguientes trabajos: en verso, «El Comulgatorio» y «La Mujer de un Soldado», (en «El Crepúsculo», números 2, 9 y 10 respectivamente). «La Mujer de un Soldado» es leyenda chilena. En el mismo periódico publicó dos novelitas: «Jorge», (en el número 1), y «D. Martín Gómez», (en el número 4). En 1848, en la «Revista de Santiago», dió a la publicidad unas «Escenas de la Guerra de la Independencia». De Ramón Francisco Ovalle citaremos: «Un Canto de Fiesta a Nerón», «Revista de Santiago», (1872, pág. 615), y una traducción de la tragedia italiana «Cayo Graco», («Revista Chilena», 1875. II, pág. 377).

(9) En «La Alborada Poética de Chile», (Después del 18 de septiembre de 1810), Miguel Luis Amunátegui le dedica un extenso ensayo a Mercedes Marín del Solar, (de la pág. 477 a la pág. 556); en éste aparece un juicio de Bello sobre la poetisa que «sólo presta su voz a los afectos generosos». Amunátegui le publica el último poema a la señora Marín, un soneto a su hija Matilde, («¡Ultimo resplandor del claro día—de mi felicidad!»).

En «Canto Fúnebre a José Romero», publicado en 1858, la poetisa fijó su línea de conducta:

«Amad la patria bella,
amad al mundo entero.
Explotad el venero
de amor que hay en la cruz».

(10) Ver «Crónica Mínima de una Gran Poesía», pág. 16.

(11) «Literatura Chilena», de Samuel A. Lillo.

(12) Un hálito cervantino sopla en estos versos: ver pág. 33 de la Parte I, Capítulo II, de «El Quijote», (Luis Tasso Serra, editor).

(13) La actividad revolucionaria de Lillo se acentúa en la dirección del diario «El Amigo del Pueblo», aparecido el lunes 1.º de abril de 1850.

bajo un epígrafe bíblico: «Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos». Duró esta diario hasta el 3 de junio de ese año, (53 números); continuó «El Amigo del Pueblo», prácticamente, en «La Barra», puesto en circulación al día siguiente. «La Barra» dejó de aparecer el 31 de diciembre de 1850, para reanudar su lucha el 10 de marzo de 1851 hasta su desaparición.

En el número 19 de «El Amigo del Pueblo» se critica acremente el gobierno de Bulnes; en la edición del 25 de abril de 1850, (núm. 22), los *igualitarios* se defienden del mote de anarquistas con que los enemigos les designaban; el 29 de abril, (núm. 25), aparece una fantasía llamada «La Visión», firmada por L. B. T.; en este diario—como en «La Barra»—, encontramos frecuentes tiradas de versos intencionales, de versos políticos, que indudablemente se deben a Lillo.

«La Barra», Diario Político Popular, contenía, al igual que «El Amigo del Pueblo», la novela de Alejandro Dumas «El Collar de la Reina». En el número de 7 de septiembre, (núm. 81), José Romero solicitaba pública ayuda; en la edición de 18 de septiembre, (núm. 89), aparece un «Himno a Chile», firmado por Un Republicano. Además: «Al Pendón Chileno», por R. S. Y «Al Soldado de la Libertad», por R. Un Republicano publicó en el número 100, (3 de octubre), un poema: «El Pasado y el Presente». En el ejemplar que revisamos hay una nota manuscrita que, puesta al pie de este pseudónimo, dice: *Lillo*.

La poesía de linaje popular más acentuado de Lillo es «La Igualitaria», himno de la Sociedad de la Igualdad, publicado en «La Barra» de 26 de octubre de 1850, (núm. 120):

LA IGUALITARIA

Coro

*¡Naciste patria amada
gritando libertad!
¡Por ti morir sabremos,
o triunfa la Igualdad!*

I

De independencia el grito
mézclase en las batallas,
de silbo de metrallas,
y al tiro del cañón.

¡Al centro de su morada
cayó despedazado,
su ejército domado
pidió nuestro pendón!

Coro

II

¡Independiente Chile,
somos ya ciudadanos,
pero hay nuevos tiranos
y triunfa la maldad!
¡Venid, chilenos todos,
unidos combatamos,
triunfemos o muramos
vivando a la *Igualdad!*

Coro

III

¡Qué viva la república,
qué viva la reforma;
sea nuestra norma
y el símbolo de unión!
¡Qué caiga el despotismo
de la pandilla infame
y que este voto inflame
de Chile el corazón!

Coro

IV

¡La sangre de los libres
no ha sido derramada
para ser ultrajada
con nuestra esclavitud:
corrió esa sangre pura
y nuestra *Libertad* ,
qué se alce la *Igualdad*,
qué triunfe la virtud!

Coro

En «La Barra» se publicaron otras colaboraciones que consignamos por su interés: «A mis amigos y compañeros de la Sociedad de la Igualdad», proclama que circuló manuscrita en Santiago, firmada por Bilbao, (17 de diciembre de 1850); «Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo», por Salvador Sanfuentes, (iniciada el 28 de diciembre de 1850); «una traducción de Bilbao a una obra de F. Laménais, «De la Esclavitud Moderna», (núm. 151 a núm. 158); en el núm. 151, (19 de marzo de 1851), se destaca una poesía «A la República Francesa»; en la edición de 29 de marzo, Bilbao entregó unos fragmentos de su trabajo «La Ley». La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano se publicó el 31 de marzo. En el núm. 163 y ss. se insta a solidarizar con el militante Martín Orjera, encarcelado y vejado. Y firmada por A., el 9 de abril, leemos una «Canción Patriótica».

Curioso es marginar que «La Igualitaria» fué escrita a dos años de distancia de «El Manifiesto Comunista» y que en 1848 nacía el obrero Pedro Degeyter que colocaría música a «La Internacional», un poema que escribiera el proletario parisién Eugenio Pottier 28 años después que el himno de Lillo, (1878); en 1888 recién Degeyter musicó el poema de Pottier, combatiente de la Comuna.

(1) *Bibliografía:*

Domingo Amunátegui Solar: «Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena».

Miguel Luis Amunátegui: «La Alborada Poética en Chile». «Certámenes habidos en Chile».

José Domingo Cortés: «América Poética».

Jacinto Chacón: «La Fe Sobre los Montes».

Armando Donoso: «Parnaso Chileno».

Alejandro Fuenzalida: «Lastarria y su Tiempo».

Luis Galdames: «Estudio de la Historia de Chile», «Bosquejo Histórico de la Universidad de Chile».

José María Gutiérrez: «América Poética».

Jorge Huneeus G.: «Producción Intelectual en Chile».

José Victorino Lastarria: «Recuerdos Literarios».

Mariano Latorre: «La Literatura Chilena».

Eusebio Lillo: «Poesías».

Samuel A. Lillo: «Literatura Chilena».

Mercedes Marín del Solar: «Poesías de doña Mercedes Marín del Solar», «Canto Fúnebre a José Romero».

Estela Miranda: «Poetisas de Chile y Uruguay».

Calixto Oyuela: «Antología Poética Hispano Americana», (Tomo II, Primer Volumen, Epoca Independiente).

Rodolfo Polanco Casanova: «Ojeada Crítica Sobre la Poesía en Chile».

Andrés Sabella: «Crónica Mínima de una gran Poesía».

Salvador Sanfuentes: «Leyendas Nacionales».

Francisco Santana: «El romanticismo en la poesía chilena del Siglo XIX»
(«Atenea», número 167).

Adolfo Valderrama: «Bosquejo Histórico de la Poesía en Chile».

Benjamín Vicuña Subercaseaux: «Historia Sobre la Producción Intelectual en Chile».

Roberto Vilches: «Revistas Literarias del Siglo XIX», (en sus originales)

Diarios y Revistas:

«Acción Social», «Atenea», «El Amigo del Pueblo», «El Crepúsculo», «El Mercurio», de Valparaíso, «El Semanario de Santiago», «La Barra» y «La Revista de Valparaíso».

Artículos:

«José Victorino Lastarria y la Sociedad Literaria de 1842», Ricardo A. Latcham, «La Nación», 3 de mayo de 1942.

«A Cien Años del Discurso de Lastarria», Raúl Silva Castro, «El Mercurio», 3 y 10 de mayo de 1942.

«Dignificación de la canción nacional chilena», Eduardo Lira E., «Aurora de Chile», N.º 13, 4 de Agosto de 1939, Tomo 5.

«Los forjadores de la canción nacional chilena», Gerardo Seguel, «El Siglo», 18 de septiembre de 1941.